



**CARLOS DOTRO**

*Tekoa. El camino del regreso*

EL GUARDIÁN LITERARIO

**CARLOS DOTRO**

*Tekoa. El camino del regreso*

**EL GUARDIÁN LITERARIO**



Dotro, Carlos

Tekoa : el camino del regreso / Carlos Dotro. -  
1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El  
Guardián Literario, 2021.

(Biblioteca de autor)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8346-47-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A863

© 2021, Carlos Dotro

Diseño de cubierta e interior: Departamento de arte de Editorial Bärenhaus  
S.R.L.

**El guardián literario es un sello de Editorial Bärenhaus**

Todos los derechos reservados



© 2021, Editorial Bärenhaus S.R.L.

Publicado bajo el sello El guardián literario

Quevedo 4014 (C1419BZL) C.A.B.A.

[www.editorialbarenhaus.com](http://www.editorialbarenhaus.com)

ISBN 978-987-8346-47-2

1º edición: abril de 2021

1º edición digital: abril de 2021

Conversión a formato digital: Libresque

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

## ***Sobre este libro***

Alejo es un joven abogado, lleno de prejuicios, que aparece totalmente confundido en una comunidad Mbyá Guaraní, en plena selva misionera. Sin poder recordar la causa de su llegada, y desconociendo el idioma y los hábitos de los miembros de aquella aldea, transitará con hostilidad y desazón el no poder retornar por sus propios medios. Sólo podrá comunicarse con los demás a través de la única persona en la aldea que conoce algo de lengua castellana: una niña de nueve años.

Paralelamente, y en contraposición a su frustrante convivencia con el grupo, Alejo irá siendo desbordado por distintos recuerdos de su vida en Buenos Aires, impregnada de egoísmo y ambición. *Tekoa. El camino del regreso* es una obra que nos hará tomar conciencia del padecimiento de los pueblos originarios, pero también es una historia de vivencias y recuerdos que confluyen en un mismo punto, y que nos muestra el intrincado camino que puede ser el reencuentro con uno mismo.

## ***Sobre Carlos Dotro***

**Carlos Dotro** nació en Quilmes, Buenos Aires. Es escritor y profesor en Letras. Entre sus publicaciones se encuentran: *Del Narrador de Historias* (cuentos, 1996), *Cuaderno de Tapas Azules* (poemas, 1998), *Cuentos Fantásticos de Terror y Misterio* (selección y prólogo, 2000) y *La Ilíada*, de Homero (prólogo, 2011).

Es cofundador del grupo artístico Tristán Couli Teatral Banda, donde cumple la triple función de actor, libretista y director.

*Tekoa. El camino del regreso* es su primera novela.

# ***Índice***

Cubierta

Portada

Créditos

Sobre este libro

Sobre Carlos Dotro

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII



# ***I***

La comunidad, ancestralmente acostumbrada a convivir con el silencio, se sintió desconcertada al escuchar esa voz escandalosa que venía del lado opuesto a la caída del sol.

Jamás ninguno, ni siquiera los más ancianos, habían sido testigos de gritos, risas y lamentos sin control como los que bajaban del lado de la ruta nacional. Pensaron en una muchedumbre alocada proveniente del pueblo, en animales desbocados, o hasta en demonios materializados que desde el verde corazón de la selva traían más desgracias al lugar.

Recién cuando vieron a ese monigote balancearse como junco en la tormenta comprendieron que se trataba de tan sólo un hombre, apenas uno solo. Llevaba encima ropa cara y caminaba vencido por una columna vertebral que se negaba a obedecerlo. Cada tanto se tomaba con una mano de algún palo o árbol que se le aparecía solidario en el camino; con la otra se aferraba a una botella de cerveza como si fuera el talismán sagrado que extendía parte de su cuerpo. Balbuceaba en castellano, pero tardó bastante en entenderse algo.

—¿Dónde carajo fui a parar?

Chapuceaba en el barro como ganado estancado, y cayó de rodillas una docena de veces haciendo cada vez un mayor esfuerzo sobrehumano para volver en pie. Escuchó

que desde algún punto venía una música; sentía que más allá sonaba una guitarra y un violín monótono, pero el sol no lo dejaba ver bien, entonces se hacía visera con una mano en la frente para proteger sus ojos rojos de alcohol.

—No veo una mierda... —se dijo.

Los adultos que estaban más cerca, detuvieron sus actividades para prestarle una congelada atención. Los niños, en cambio, no detuvieron sus rondas al son de la dulce melodía que los motivaba a saltar y a bailar en círculos precisos.

De golpe, el monigote puso sus pisadas trabadas en la aldea y su mirada empañada en la colina. Señaló, asombrado, con la temblorosa mano de la botella a los niños danzarines. Luego estalló en tan groseras carcajadas que provocó que interrumpieran repentinamente sus vueltas y que los musiqueros, el viejo guitarrero y el joven violinista, detuvieran su melodía para mirarlo confundidos, con extrañeza. Nunca, nadie se había reído de la alegría de los chicos de cada atardecer.

El tipo no podía mantenerse en pie y reía quebrado en su cintura, mofándose de algún chiste que nadie lograba entender, pero que había podido paralizar a la aldea en torno a su importuna presencia. Luego cayó al barro, y después de algunas forzadas toses comenzó a vomitar como expulsando el alma por la boca. Prácticamente se fue desvaneciendo sobre su propio líquido hasta apoyar sin fuerzas el rostro contra el charco ácido que él mismo había creado.

Largos minutos pasaron hasta que Epifanio tiró al suelo la pala con que estaba cavando surcos y se acercó al cuerpo inmóvil que absorbía sobre el barro su propio vómito; Santiago lo siguió por detrás abandonando en el escalón del frente de la casa donde estaba sentado la estatuilla de madera que esculpía con una vieja navaja de bolsillo. Ambos inspeccionaron al extraño tendido sin tocarlo, se miraron y comentaron algo por lo bajo. Entonces Santiago le pegó un grito a Santo, Santo a Emiliano, y Emiliano a Silvio. Los cinco muchachos rodearon al cuerpo y con sumo cuidado lo voltearon boca arriba. De repente el extraño largó una bocanada que hizo recular a los cinco unos cuantos pasos hacia atrás. Luego volvieron a él y discutieron entre ellos sobre qué hacer al respecto. Los demás, entre ancianos, mujeres y niños, observaron impávidos la escena de cómo levantaban el cuerpo desde sus miembros y lo iban remontando hacia la puerta de la salita de primeros auxilios. Allí lo depositaron en un catre desvencijado y Silvio, sin saber cómo actuar esta vez, lo primero que hizo fue tratar de aflojarle las ropas y ponerle un termómetro debajo de la axila. Durante las horas que el hombre permaneció inconsciente, cada tanto se le acercaba a comprobar si el corazón le seguía latiendo. Una vez certificado el suave bombeo en el pecho, Silvio respiró aliviado. Con el tiempo, se fue distendiendo y se animó a alejarse de la salita a tomar unos mates amargos y a intercambiar apreciaciones con los otros en el umbral de alguna casa, hasta que uno de los niños fue corriendo a

avisarle que había escuchado un ruido como un estruendo dentro de la salita. Silvio dejó un mate a medio tomar y la aldea lo vio correr a la puerta de la sala; allí contempló al sujeto que trabajosamente se levantaba del piso con la cara roja e inflamada por el sueño y un torturante dolor de cabeza. Silvio le quiso hacer una seña para empezar a comunicarse, pero fue empujado desde el pecho contra la puerta por el hombre que abandonaba la sala como un monstruo que sale de su cueva pisando lo que se le cruzara luego de meses en invernada. El tipo se detuvo en la calle, sudado y desafiante. Miró a esa gente oscura que a su vez lo miraba con un asombro sobrenatural, miró sus ropas y las precarias casas de madera, paja y pocos ladrillos sin revocar en torno a la aldea. Aunque había una débil claridad, el sol hacía ya un buen rato que había bajado por detrás del espeso monte.

—Justo una villa miseria... —se dijo, tomándose la cabeza del dolor. Sacó de su bolsillo un diminuto teléfono celular de lo más llamativo. No tenía señal. Entonces se acordó de su cerveza, giró hacia la sala y vio a Silvio acercándose y ofreciéndole una taza con un líquido oscuro.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

Silvio le habló con sílabas forzadas, casi a medio decir, pero no sin suavidad.

—No te entiendo nada, cabrón —dijo el tipo y le revoleó la taza por el aire de un manotazo—. Quiero mi botella, ¿dónde pusiste mi botella?

Silvio no supo qué contestar, y se frotó nervioso las palmas de las manos contra su pantalón. La aldea presenció aterrada cómo el hombre se le fue encima y lo tomó del cuello zamarreándolo.

—¡Te pregunté dónde pusiste mi botella! ¡Te la tomaste, negro de mierda!

Silvio alcanzó a señalar la sala, entonces el extraño lo soltó y caminó raudo hasta desaparecer en el interior de la salita de primeros auxilios. Al salir, se tomó un trago largo del pico de la botella para luego reventarla contra la pared descascarada de la sala.

—¡Está caliente! —gritó. Luego volvió a tomarse de la cabeza, cayó de rodillas y gimió del dolor figurando un animal herido.

Silvio tomó la taza del barro, entró a la sala, la limpió cuidadosamente bajo el agua de la canilla, volvió a verter líquido oscuro que había preparado en una jarra y salió a ofrecérselo al hombre una vez más. El tipo abrió sus manos del rostro para mirarlo.

—Hace bien... —le dijo Silvio, con dificultosa pronunciación.

El hombre le volvió a preguntar qué era de modo muy poco amable.

—Hace bien... —repitió Silvio con una sonrisa en sus labios.

Entonces el extraño le arrebató la taza y tomó un poco de su contenido. Al tragar hizo un gesto de asco insoportable y estuvo a punto de revolear la taza por segunda vez.